

Por el camino de un nuevo sentido*

Mario Montoya Castillo

Profesor Universidad Distrital "Francisco José de Caldas"

Yury Andrea Castro Robles

Profesora Universidad Antonio Nariño



Resumen

Este artículo presenta los resultados del trabajo realizado por los autores acerca del pensamiento del filósofo Platón, cuyo desarrollo estuvo dentro del marco de la investigación *Noción y concepto de representación*. En particular, se enfoca en los postulados de Platón acerca del concepto de representación, es decir, se pregunta por la presencia de dicho concepto en su vasta obra y por lo que quiere decir con él.

Palabras clave: Platón, representación, conciencia, entendimiento, lo sensible, lo inteligible.

Abstract

This article presents the results of the work done by the authors about the thought of the philosopher Plato, whose development was inside the frame of the investigation *Notion and concept of representation*. Especially, it focuses in Plato's postulates about the concept of representation, that is to say, it wonders for the presence of the above mentioned concept in his vast work and for what he means with it

Keywords: Plato, representation, conscience, understanding, the sensitive thing, the intelligible thing.

Recibido: 28 de agosto de 2009 - Aprobado: 3 de noviembre de 2009

* Este trabajo es uno de los resultados obtenidos en el marco de la investigación titulada *Noción y concepto de representación*. Esta investigación fue financiada por el Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

** Profesor Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación, de las universidades Pedagógica Nacional, del Valle y Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: mmontoya@udistrital.edu.co

*** Profesora Universidad Antonio Nariño. Egresada de la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

La época actual nos hace una clara invitación a una interesante (y no por ello fácil) tarea, como lo es salir al encuentro de nuestro presente: pensar el presente es pensar al individuo, es pensar la significación y orden de lo real, por ello, cuando decimos pensar el presente, nos enfrentamos al ideal de representación de toda una historia. Ahora bien, es a partir de la reflexión de los postulados platónicos como se abordará dicho ideal. Para ello se proponen dos puntos fundamentales: por un lado, expresar los postulados acerca del alma, que, se ha de recordar, para Platón es la vida misma, y por el otro, hacer explícita la invitación que Platón hace a sus lectores a la conversión de su vivir, y por tanto de su actuar.

Se dice con frecuencia que la filosofía de Occidente son los pies de página a la filosofía platónica. Sin duda, esta expresión está sujeta a todo tipo de interpretaciones, pero en este espacio se reconoce que la historia de la filosofía occidental ha sido la historia de la metafísica que se inició con nuestro

Platón
(428 a. C. a
347a C.)



autor. En la metafísica planteada por Platón, se encuentra una exhortación a la búsqueda incesante de la verdadera identidad, de la realidad perfecta que proporciona el Mundo de las Ideas; su pensamiento, podríamos decir, es una indagación, una reminiscencia de la esencia de todo cuanto existe, que en Platón podemos denominar como la búsqueda de la verdad. Ahora bien, esta indagación es hecha por el alma, en su intento natural por alcanzar el mundo inteligible.

El pensamiento platónico, dado lo anterior, introduce los fundamentos en la filosofía de lo que posteriormente será conocido como la noción de representación. Dicha noción se origina, en términos de sus postulados, en la dicotomía entre lo inteligible y lo sensible, lo verdadero y lo falso, la esencia y su copia; a partir de estas entidades, Platón funda una realidad verdadera que da razón de ser a todo cuanto existe. Esta realidad no es otra que el mundo de las Ideas, una representación enaltecida y trascendente a partir de la cual se explica la existencia de todo lo verdadero.

Con la formulación de su teoría de las ideas, el pensamiento platónico postula una transformación de la forma como el individuo interactúa con el mundo. Dicha interacción se convierte en la incesante búsqueda del ascenso de la realidad sensible a la inteligible. Para ejemplificar este ascenso, y como un medio que le posibilite desarrollar sus postulados ante tal cuestión, Platón se vale en sus obras de un juego de imágenes que dan cuenta de diferentes problemas filosóficos, expresadas en forma de mitos, a partir de los cuales busca la clara expresión de la vida, esto debido a que fenómenos como el vivir solo pueden ser entendidos a partir del mito. Para una mayor explicación de este punto, se precisa:

[El mito] Es un método para entender y para expresar *algunos aspectos de la realidad que, por su misma naturaleza, no pueden captarse ni expresarse mediante el puro logos*. El mito es interpretación y expresión de la “vida” y de sus problemas, en la compleja dinámica que la caracteriza. Más precisamente:

En su reflexión por el verdadero conocimiento, Platón postula que el conocer es producto de la evocación causada por una reminiscencia de las esencias vistas por el alma en el *mundo de las Ideas*. Es a partir de Platón, por tanto, que la noción Idea cobra un significado especial, convirtiéndose en el verdadero ser o esencia de las cosas, es decir, en la naturaleza o forma interior de lo existente. Entendido de esta manera, la importancia que adquiere para Platón la Idea, se expresa en su indagación por el ser, o sea, por la esencia.

el pensamiento explica con el *logos* el mundo de las ideas y del ser mediante un conocimiento puramente conceptual. Pero, justamente al confrontarse con las ideas y con el ser, el pensamiento descubre que tiene una característica esencial que lo diferencia del ser mismo, a saber, la “vida”. En cuanto portador de la diferencia esencial de la vida respecto del puro ser, el pensamiento comprende la imposibilidad de concebir una idea de alma en el sentido estricto del *logos* conceptual, por cuanto idea es un ser “inmóvil” mientras que el alma implica “movilidad” y “vida” (Reale, 2001: 309).

Así pues, el mito es entendido por Platón como un “discurso que encanta, como una suerte de ‘canto mágico’ en cuanto el mismo se dirige no solamente al alma racional, sino también a las otras fuerzas del alma, ejerciendo así persuasión con una particular eficacia” (Reale, 2001: 313). Dado esto, es justamente a partir del pensamiento platónico que el mito se impone desde una óptica teórica.

Gracias a este “discurso que encanta”, al leer las obras platónicas el lector se ve irremediablemente envuelto en un diálogo con su autor; sus reflexiones crean en el alma el incesante deseo de sumergirse más en sus pensamientos, como aquel cautivo que, deslumbrado por la claridad, anhelante busca la luz del sol. Una vez se inicia con la lectura de sus líneas entramos en un juego de imágenes, corriendo el riesgo de ser embrujados por la

hermosura de su filosofía, embrujo para el cual no existe antídoto. Las obras platónicas, para todos aquellos que estén dispuestos a leerlas lejos de sus propias opiniones y prejuicios, hacen una clara invitación a sus lectores. Esta invitación hecha por Platón no puede ser otra que la conversión de la oscuridad a la luz, es decir, en volverse con el alma, mediante la intelección, a la visión del Bien y vivir conforme a ella, esto con el fin de que el hombre, a partir de la reflexión constante, esté en capacidad de crear su propio destino y a partir de él dirigir su vida encaminado siempre a la búsqueda de la verdad.

En su reflexión sobre el verdadero conocimiento, Platón postula que el conocer es producto de la evocación causada por una reminiscencia de las esencias vistas por el alma en el *mundo de las Ideas*. Es a partir de Platón, por tanto, que la noción de Idea cobra un significado especial, convirtiéndose en el verdadero ser o esencia de las cosas, es decir, en la naturaleza o forma interior de lo existente. Entendida de esta manera, la importancia que adquiere para Platón la Idea se expresa en su indagación por el ser, o sea, por la esencia. Ahora bien, al referirnos a la Idea platónica, hacemos alusión al fundamento metafísico de todo cuanto existe y es, es decir, nos referimos a la esencia ontológica de todo lo existente, razón por la cual no debemos confundir dicho término con un concepto o representación mental: “para el griego y en especial para Platón, la *idea* no era el pensamiento sino *el objeto de pensamiento* al que el pensamiento se dirige” (Jaeger, 1942: 145). La Idea se define, entonces, como el *principio* al

que obedece todo lo existente, y es precisamente este principio el planteamiento fundamental platónico.

De tal manera, todo lo sensible tiene su razón de ser en constituirse como la copia de la esencia de un modelo perfecto. Por tanto, la esencia del modelo se constituye como fuente de lo verdadero, dicho en otras palabras, sólo aquello que conserve como propiedad la identidad con el modelo puede ser considerado verdadero. Pero puesto que dicha esencia sólo es propia del modelo, es decir, sólo la poseen las Ideas en sí mismas, todo lo externo al mundo de las Ideas se convierte, entonces, en simples aproximaciones que nunca llegan a constituirse como verdaderos conocimientos, esto es, en copias, imágenes, simulacros.

La única forma de conocimiento verdadero es, por tanto, aquella que se da a partir del mundo de las Ideas, pero debido a la asidua relación de la imagen con el mundo, es decir, debido al poder de seducción que esta ejerce en el hombre, impidiéndole la relación directa con la cosa en sí, con la esencia, y sumergiéndola en un mundo de apariencias, la imagen se convierte en un obstáculo para la razón, al impedir el conocimiento verdadero.

Debido a la estrecha relación entre la imagen y el conocimiento, y producto de la preocupación por las diferentes formas en que el hombre interactúa con su entorno, la filosofía platónica se sustenta en el interrogante por la forma de vida que llevamos, es decir, por cómo conocemos, cómo interactuamos con el mundo. Por esta razón, los diálogos

Recordemos que en Platón, existen dos formas de interacción con el mundo: una por medio de las imágenes, es decir, de las apariencias, y la otra por medio de las Ideas, o lo que es lo mismo, del intelecto, de la esencia. Así pues, cuando el individuo conoce el mundo a través de la imagen se nutre de apariencias, de fantasías, pero cuando nutre su alma de Ideas, conoce la realidad de las cosas.

Pero, puesto que todo conocimiento parte de lo sensible, o sea, de la imagen, es necesario precisar que esta define su existencia en relación con aquello a lo que refiere; por tanto, una imagen siempre alude a algo. En una conversación, por ejemplo, uno de los hablantes a manera de modelo de lo que dice hace con su dedo una figura circular en el aire, dándole a entender a su interlocutor que se refiere a un círculo, pero sin pronunciar una sola palabra; el interlocutor entiende inmediatamente lo que el hablante le está diciendo, en un proceso en el que trasciende lo sensible y llega a lo inteligible —su razonamiento le permite entender que se refiere a un círculo—. Dicho de otro modo, distingue entre la imagen y el círculo en sí. De este modo, las imágenes llevan a un proceso de reflexión, permitiendo, sin llegar a conceptos, concebir las Ideas.

platónicos inducen a sus lectores a la constante reflexión por su vivir. Recordemos que en Platón existen dos formas de interacción con el mundo: una, por medio de las imágenes, es decir, de las apariencias, y la otra, por medio de las Ideas, o lo que es lo mismo, del intelecto, de la esencia. Así pues, cuando el individuo conoce el mundo a través de la imagen, se nutre de apariencias, de fantasías, pero cuando nutre su alma de Ideas, conoce la realidad de las cosas.

Hasta este punto se ha procurado hacer evidente las posibles condiciones representativas que devienen del término imagen y, por tanto, se postula como análoga de la noción de representación. Al cuestionarse por la relación existente entre la imagen, el *mundo* de las ideas y el mundo sensible, Platón se sumerge en el mundo de lo aparente, es decir, de lo verdadero y lo falso, del ser y el no-ser. Ahora

bien, recordemos que el no-ser se concibe como lo diferente, la otra posibilidad de ser; por tanto, cuando hablamos de una imagen, se habla de su ser y de las múltiples posibilidades de su no-ser. En cuanto a estas múltiples posibilidades, tomaremos en cuestión dos: la imagen, que tiene una estrecha relación con la Idea, es decir, con lo idéntico: la *imagen ícono*, y aquella que se aleja doblemente de la verdad convirtiéndose en una imagen de la apariencia, la *imagen simulacro* (Másmela, 2006).

La representación se da a partir de que la *imagen ícono* conserva una relación directa entre la imagen misma y lo representado, una relación intrínseca que está dada por la similitud a la Idea; por su parte, la *imagen simulacro* es una representación que suplanta el objeto representado mediante una apariencia —sin tener relación con la esencia, convirtiéndose en una simulación externa— constituida como real. Ejemplo de la *imagen ícono* es la creación por parte del demiurgo, quien tomando como modelo el *mundo de las ideas* hace una imagen de lo sensible, imagen que conserva una relación con lo idéntico; en cuanto a la *imagen simulacro*, esta se da en la creaciones artísticas, dichas creaciones sólo toman partes de lo sensible, es decir, constituyen una copia de la copia, creando una representación que se aleja de la esencia y haciéndola ver como verdadera.

Tras esta diferenciación de la *imagen ícono* y la *imagen simulacro*, se pone de relieve que el idealismo platónico explica la razón de ser de lo verdadero mediante el principio de separación o división. Así pues, la metafísica platónica se constituye en el medio a través el cual se juzga lo verdadero y lo falso. Por tanto, sólo aquello que conserva la esencia e identidad con la Idea es considerado como verdadero; por su parte, todo aquello que se distancie de lo idéntico será estimado como falso. Dado esto, la vida del individuo debe estar encaminada a un continuo elevarse hacia lo inteligible, a un ir tras la búsqueda de la esencia, de lo idéntico, una realidad externa, en fin, en un perpetuo representarse hacia lo ideal.

Teniendo este razonamiento en mente, la reflexión platónica se sustenta en el cultivo de la capacidad propia del alma de diferenciar entre lo que es



una imagen y aquello a lo que ésta alude. De tal manera que, al preguntarnos por la imagen, nos cuestionamos por la esencia, es decir, actuamos en concordancia con el intento natural del alma por la búsqueda de la Idea del Bien. Pero, ¿cómo se logra, entonces, trascender de lo sensible a lo inteligible? El alma conoce con todo el ser, es un fenómeno vital por intermedio del cual el hombre trasciende de la apariencia a la verdad de las cosas, lo que significa que el alma genera unos procesos por los cuales, partiendo de una reflexión constante, logra hacer la distinción entre lo que es la imagen y lo que ella designa. Como consecuencia de ello, lo que se plantea es la necesidad de que el alma logre hacer la diferenciación y no tome la cosa por la Idea, es decir, no crea que el círculo dibujado en el aire es el círculo en sí, sino que se separe de la imagen hasta que consiga llegar a la Idea o, lo que es lo mismo, que trascienda de lo sensible a lo inteligible, por medio de la razón.

A partir de estos planteamientos, lo que se pone en evidencia es la conexión existente entre la reflexión de la verdad y el hombre. La noción expresada por Platón es, por tanto, la siguiente: “el alma que no

En su obra la *República*, Platón, por medio del mito de la caverna expone un ideal de reflexión

El hombre ha de preocuparse por el interior de su ser, o sea, por el alma, pues es el cuidado de ésta el cuidado de la vida misma. Un hombre que reflexiona sus actos y que encamina su vida y conocimientos en torno a la razón, es un hombre que se acerca a la idea del Bien, a lo armónico, lo estable, y por lo mismo, genera un orden absoluto en su vivir.

haya contemplado la verdad no podrá alcanzar jamás la forma de hombre” (Platón, 1986, p. 267). En su obra la *República*, Platón, por medio del mito de la caverna, expone un ideal de reflexión que, con independencia de que pueda llevarse a la práctica en el Estado, el hombre debe llevar a cabo en lo profundo de su ser, en su alma. Al respecto, Werner Jaeger expresa:

Intérpretes antiguos y modernos, que esperaran encontrar en la *República* un manual de ciencia política acerca de varias formas constitucionales existentes, han intentado una y otra vez descubrir aquí y allá, en esta tierra, el estado platónico, y lo han identificado en esta o aquella forma real del estado que les parecía asemejarse a la estructura, sino en su núcleo metafísico, en la idea de realidad absoluta y de valor, sobre las que está construido. No es posible realizar la república de Platón imitando su organización externa, *sino sólo cumpliendo la ley del Bien absoluto, que constituye su alma*. Por eso, el que haya logrado actualizar este orden divino en su propia alma individual, ha hecho una aportación más grande a la realización del estado platónico que aquel que edifica una ciudad entera, semejante en lo exterior al esquema político de Platón, pero privada de su esencia divina, la Idea del Bien, fuente de su perfección y beatitud (Jaeger, 1942).

Así pues, más allá de la postulación de una república externa al individuo, podría decirse que la propuesta platónica se propone que el individuo lleve a la práctica todos estos preceptos en lo interno de su ser, en su alma.

Este camino de reflexión solo es posible para el hombre por medio de la dialéctica, puesto que este es el único método que ofrece al individuo la posibilidad de acceder al mundo de las ideas, de llegar a la esencia de las cosas, debido a que es una actividad del conocimiento que permite el ejercicio de la razón. Veamos cómo lo plantea Sócrates en la *República*:

[...] cuando se intenta por la dialéctica llegar a lo que es en sí cada cosa, sin sensación alguna y por medio de la razón, y sin detenerse antes de captar por la inteligencia misma lo que es el Bien mismo, llega al término de lo inteligible como aquel prisionero al término de lo visible (Platón, 1986: 364).

Por tanto, se concibe la dialéctica como el método que permite llegar al conocimiento de la cosa en sí, partiendo del conocimiento dado por la razón hasta llegar al principio mismo. El método



dialéctico licencia al alma inmersa en imágenes para elevarse hasta la verdad de las cosas, educando al alma a partir de la reflexión constante y no sólo de objetos materiales, y ubicándola en disposición con el mundo.

El mensaje de platón es claro, el hombre ha de preocuparse por el interior de su ser, o sea, por el alma, pues es el cuidado de esta el cuidado de la vida misma. Un hombre que reflexiona sus actos y que encamina su vida y conocimientos hacia a la razón, es un hombre que se acerca a la idea del Bien, a lo armónico, lo estable y, por lo mismo, genera un orden absoluto en su vivir. De tal manera que la invitación que Platón podría hacernos en nuestra época es a interrogarnos por la forma de vida que llevamos, por cómo asumimos nuestras decisiones y, más aún, nuestra vida; cuestionamientos controversiales para una sociedad mecanizada que se gobierna por la inmediatez.

La propuesta de fondo que se teje en los diálogos platónicos, por tanto, está encaminada a la

búsqueda de conciencia en el hombre, a despertar en este la facultad de discernimiento y el autodomínio que le posibiliten un vivir mediado por el conocimiento y la razón, pues es sólo posible a partir de estos principios quitar la venda que cubre nuestros ojos. Sólo ante el cuestionamiento surge el entendimiento.

Para concluir, vale la pena retomar las palabras de Giovanni Reale:

El mensaje final del mito de la caverna es, tal vez, el comunicado más potente de Platón en forma de mito: ¡Ay de quien quiera romper las ilusiones en las que los hombres se ponen cómodos! Los hombres, en efecto, no soportan para nada las verdades que vacían sus cómodos sistemas de vida basados sobre puras apariencias de las cosas que pasan, y tienen los mayores temores ante las verdades que recuerdan las cosas que no pasan y el ser de lo eterno (Reale, 2001: 334-335).

La propuesta de fondo que se teje en los diálogos platónicos, por tanto, está encaminada a la búsqueda de conciencia en el hombre, a despertar en éste la facultad de discernimiento y autodomínio que le posibiliten un vivir mediado por el conocimiento y la razón, pues es sólo posible a partir de éstos principios, quitar la venda que cubre nuestros ojos, sólo ante el cuestionamiento surge el entendimiento.

Referencias bibliográficas

Jaeger, W. (1942), *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, Fondo de Cultura Económica.

Másmela, C. (2006), *Dialéctica de la imagen: una interpretación del "Sofista" de Platón*, Barcelona, Editorial Anthropos.

Platón (1986), *Fedro*, Madrid, Editorial Gredos.

— (1986), *La República* (traducción de Conrado Eggers Lan), Madrid, Editorial Gredos.

Reale, G. (2001), *Platón. En búsqueda de la sabiduría secreta*, Barcelona, Editorial Herder.